

HOMO SAPIENS POR HOMO MANIATICUS: TRAS EL "ESTABILIZADOR MENTAL" PARA LA TRAGEDIA PSIQUICA DEL HOMBRE DE HOY

por ARTHUR KOESTLER

Nuestra especie es una monstruosidad biológica desde que en un cierto momento de su evolución perdió los controles instintivos que regulan la tasa de reproducción. En adelante no pudo sobrevivir sino que inventando métodos que imitaron las mutaciones evolutivas. Inútil es esperar que la naturaleza nos proporcione el remedio corrector: nosotros mismos tenemos que encontrarlo.

¿*Mutatis mutandis*, podremos inventar un remedio contra la esquizofisiología de nuestro sistema nervioso, contra la tendencia paranoica que no ha cesado de ensangrentar nuestra historia? Y no solamente la historia del *homo sapiens*, sino que otro tanto, parece, la de nuestros predecesores cuasi humanos. . .

Continuar predicando la razón a una especie esencialmente irrazonable es una empresa sin grandes esperanzas, y la historia lo muestra suficientemente. La evolución biológica nos ha faltado a su palabra; nuestra única chance de sobrevivir consiste en inventar técnicas que la reemplacen al provocar en nuestra naturaleza humana los cambios necesarios. Tal vez podamos desviar el apocalipsis demográfico interviniendo en el ciclo ovárico, pero no es posible curar nuestras disposiciones paranoicas instalando nuevos circuitos en nuestros cerebros. Aunque quizás podamos conducir la curación, o muy al menos un claro mejoramiento, dirigiendo en forma conveniente nuestras búsquedas.

En 1961, el centro médico de la Universidad de California, en San Francisco, organizó un coloquio sobre el control de la inteligencia. Las líneas siguientes son un extracto de la comunicación presentada por el profesor Saunders, de la Escuela de Medicina de San Francisco a este coloquio:

"La ingeniosidad técnica de los químicos ha procurado a los médicos un abundante arsenal de nuevos compuestos químicos de estructuras variadas que influyen el sistema nervioso central de modo de deformar, acelerar o deprimir el estado mental y el comportamiento característicos de un individuo. La conferencia ha subrayado que un gran número de estos agentes químicos poseen una acción altamente selectiva sobre las distintas partes del sistema nervioso, al punto de permitir, según el examen de sus acciones sobre el hombre o sobre los animales, una clasificación ordenada.

Estos agentes químicos ofrecen así, mediante el estudio de las relaciones entre su estructura química y su acción biológica, la posibilidad de otorgar todo un arsenal

de drogas que influyen la actividad específica del cerebro. En efecto, como estos agentes pueden ya sea reforzarse o atenuarse los unos a los otros, corromperse en su acción y demostrar polaridad en sus efectos sobre el cerebro, parece muy posible que constituyan todo un espectro de agentes químicos utilizables para controlar la inteligencia en la mayoría de sus actividades”.

Lo que nosotros buscamos es un remedio contra los dispositivos paranoicos de aquellas gentes que nos consideramos normales, es decir, de la humanidad en su conjunto: una mutación adaptativa artificial que establezca un punto entre el cerebro antiguo y el cerebro actual, entre el instinto y la inteligencia, entre la emoción y la razón. Si está en nuestras manos aumentar la sugestibilidad del hombre, será muy pronto posible hacer lo contrario y reaccionar contra el afecto extraviado y el entusiasmo militante cuyas obras mortales exponen cotidianamente los periódicos.

Un “estabilizador”

La tarea más urgente de la bioquímica es la de buscar un remedio en “el número creciente de agentes químicos que pueden ser empleados en el control del espíritu”, como dice Saunders. Puede hacerse algo así y se hará, y no es utópico creerlo. Nuestros tranquilizantes actuales, nuestros barbitúricos, nuestros antidepresivos, nuestros estimulantes y todas sus combinaciones no representan más que un primer paso hacia una farmacopea más refinada y capaz de contribuir a la coordinación, a la armonía mental, al facilitar no la ataraxia imperturbable de los estoicos, ni el éxtasis de los derviches regresores, ni el nirvana-pop provocado por las píldoras de “soma” a la manera de Huxley, sino un estado de equilibrio dinámico en el cual, unidos emoción y pensamiento, se restaure el orden jerárquico.

“Control mental”, “manejo de los seres humanos”... Ya lo sé, estas palabras poseen connotaciones siniestras. ¿Quién controlará a los controles? ¿Quién va a manejar a los manipuladores? Admitiendo que se llegue a sintetizar una hormona o un enzima que actúe en el sentido que hemos indicado, ¿cómo hacer para propagar mundialmente su uso para que nos lleve a la mutación deseada? La respuesta parece evidente. Ninguna legislación, ningún apremio fueron necesarios para persuadir a los griegos y a los romanos de que bebieran “el jugo de la vida que otorga la alegría y el olvido”. Los somníferos, los excitantes, los tranquilizantes, se han expandido por el mundo, para bien o para mal, con un mínimo de publicidad y muy poco fomento oficiales. Es que la gente encontró en esos productos un efecto agradable, y la misma gente aceptó las consecuencias penosas o nocivas. Un “estabilizador mental” no provocaría ni euforia ni sueño ni visiones mescalínicas ni igualamiento vegetal del alma. En el hecho no tendría ningún efecto específico notable, sino el de favorecer la coordinación cerebral y armonizar el

pensamiento y la emoción: en otros términos, el efecto de restaurar la integridad de la jerarquía dividida. Su uso se expandiría sólo porque la gente prefiere la salud a las enfermedades físicas o mentales. Se lo adoptaría como se ha adoptado la vacuna y la contracepción, no ya bajo el mandato obligado sino por el interés bien entendido.

El primer resultado advertido sería tal vez una baja súbita de la tasa de crímenes y de suicidios en ciertas regiones, en ciertos grupos sociales en los que el nuevo remedio se haría moda. Un cantón suizo podría decidir, por referéndum, agregar el "estabilizador" al cloro del agua potable durante un período de prueba, y otros países seguirían el ejemplo. Una forma de snobismo internacional en los jóvenes podría sustituir por la nueva píldora las barbas y las vestimentas floreadas. De uno u otro modo, la mutación hallaría su camino.

Es posible que países totalitarios tiendan a resistirse. Pero la cortina de hierro misma se ha hecho porosa hoy día. El jazz, las mini-faldas, las discotecas y otras invenciones burguesas penetran en todas partes irresistiblemente. Un buen día la élite dirigente comenzará a probar el nuevo remedio y descubrirá cuánta lucidez puede procurar: entonces, y sólo entonces, el mundo estará al punto para una conferencia de desarme que no sea una farsa. Habría incluso un período de transición durante el cual sólo uno de los campos seguiría la cura, el otro, obstinado en el pensamiento paranoico, no querría correr los riesgos de un desarme unilateral; por el contrario, el campo mutado sería más fuerte en cuanto que más racional en su política a largo plazo, menos medroso y menos histérico.

No creo que esto sea ciencia-ficción. Y estoy seguro de que los lectores a los que me dirijo tampoco lo creen así. Todo escritor tiene su tipo de lector imaginario: fantasma amable, pero crítico difícil, cuya opinión es la única que cuenta, y con el cual prosigue un diálogo interminable, agotador. Ahora bien, yo no dudo de que este amigo lector tenga suficiente imaginación como para extrapolar en el porvenir a partir de los progresos recientes, alucinantes, de la biología, y para admitir que la solución esbozada aquí pertenece al dominio de lo posible.

Lo que me inquieta es que no le guste esta solución. Que retroceda al tacto de la idea de que, para salvarnos, es necesario contar con la química molecular en lugar de renacer espiritualmente. Yo comparto su angustia, pero pienso también que no tenemos la posibilidad de elegir. Lo oigo exclamar: "Al tratar de meternos vuestras píldoras, adoptan ustedes justamente el burdo materialismo y el cientifismo ingenuo a los cuales pretenden oponerse". Si, yo me opongo a eso, pero no creo que sea "materialista" considerar con realismo la condición humana, ni que haya orgullo cientifista en hacer tomar extracto de tiroides a niños que, sin él, se volverían cretinos.

Emplear nuestro cerebro para corregir los defectos del cerebro me parece una bella y buena empresa. Como el lector, yo preferiría comprometer mi espíritu en la persuasión moral por la palabra y el ejemplo. Desgraciadamente somos una raza de enfermos mentales y, en tanto que tales, sordos a la persuasión. Tal persuasión se ha intentado desde el tiempo de los profetas hasta Albert Schweitzer. El resultado, al decir de Swift, ha sido que "tenemos la religión exacta para hacernos odiar a nuestro prójimo, pero no la suficiente como para hacérselo amar". Esto vale para todas las religiones, teístas o laicas, hayan sido ellas enseñadas por Moisés, Marx o por Mao Tsé-tung; y el grito de angustia de Jonathan Swift: "No morir aquí, rabiosos como una rata en el agujero", aún sigue siendo el grito de nuestra época. La naturaleza nos entrega a nuestras propias fuerzas, Dios ha descolgado su teléfono, y el tiempo apremia. Esperar que la salud sea sintetizada en laboratorio, vaya que suena materialista, quizás, o extravagante, o ingenuo. A decir verdad, hay en esta esperanza un matiz jungiano: se retorna en eso al sueño del *elixir vitae* que pensaban cocinar los viejos alquimistas. Pero del elixir nosotros no esperamos que nos proporcione la vida eterna, ni que transforme en oro un vil metal. Queremos que cambie el *homo maniaticus* en *homo sapiens*. Cuando el hombre decida tomar en la mano su destino, esta posibilidad estará a su puerta.

GENERALIZACIONES SOBRE LA BASE DE LOS RESULTADOS DE LA INVESTIGACION

Las generalizaciones deben basarse sobre el fundamento de los resultados científicos de la investigación. Si una vez formuladas gozan de reconocimiento general influyen muy a menudo, por su parte, en la ulterior evolución del pensamiento científico al demostrar una de las numerosas posibilidades imaginables del adelanto.

ALBERT EINSTEIN